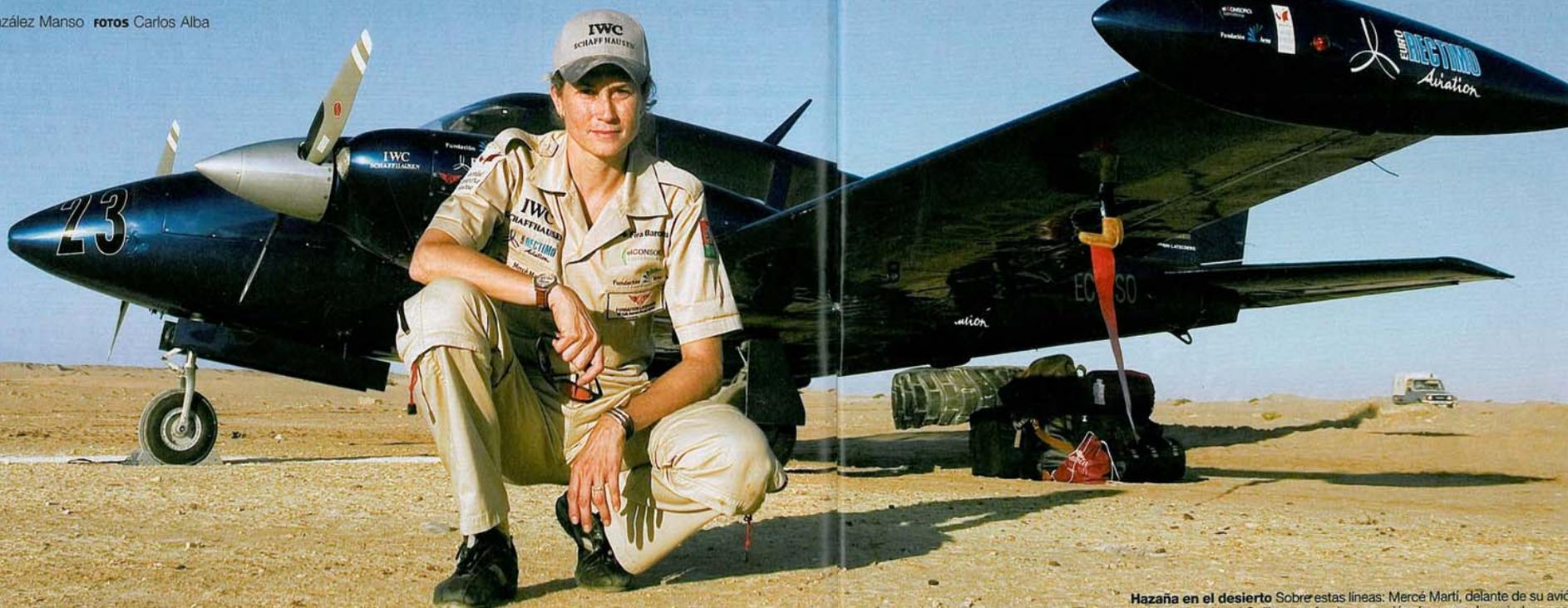


Tras las huellas de Saint-Exupéry

HACE 80 AÑOS QUE EL AUTOR DE 'EL PRINCIPITO' ABRIÓ LA RUTA AÉREA HACIA LOS CONFINES DEL SUR DE MARRUECOS. UN RALLY ACABA DE RENDIR HOMENAJE A ESA GESTA DE LOS PIONEROS DE LA AVIACIÓN. YO DONA RECUPERA EL ESPÍRITU DE AQUELLA AVENTURA EN LAS ALAS DE UN BIMOTOR PILOTADO POR LA ESPAÑOLA MERCÉ MARTÍ.

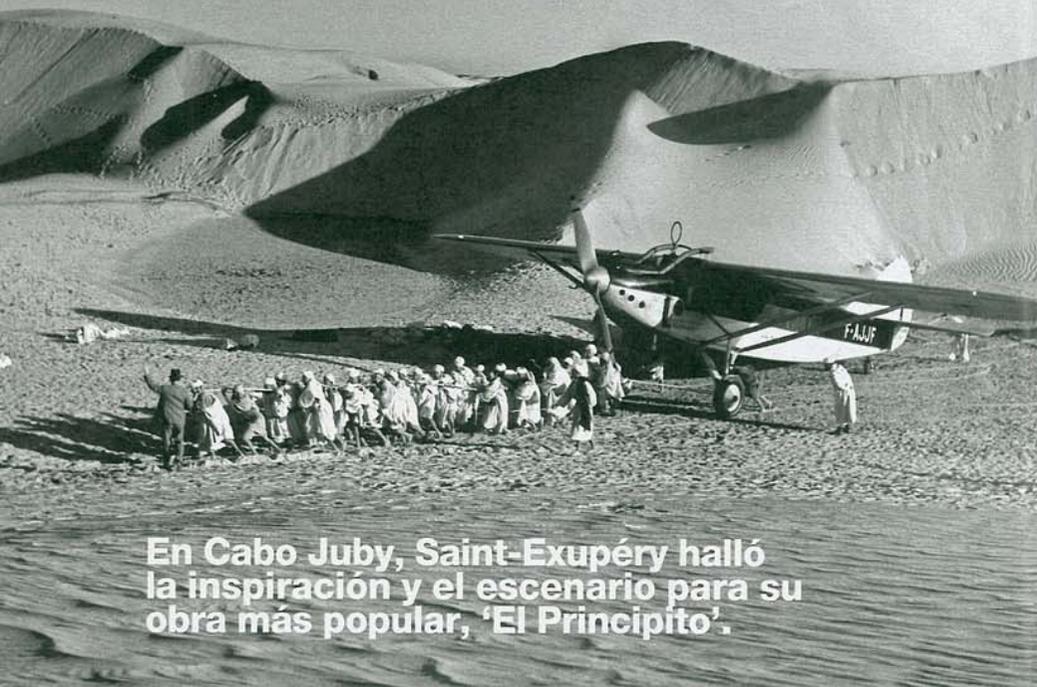
POR Teresa González Manso FOTOS Carlos Alba



Hazaña en el desierto. Sobre estas líneas: Mercé Martí, delante de su avión. A la dcha., de arriba abajo: junto al piloto Henri Guilleumet, frente a un avión de correo, La aviadora española, al timón del E

Poco a poco, la bruma del amanecer va deshilachándose en pequeños jirones. Entre retazo y retazo de neblina, comienza a recortarse la silueta de las ruinas de Casamar, un primitivo baluarte comercial británico, que da pistas del pasado colonial de Tarfaya. Cuando la marea sube, Casamar se aísla de la costa, convirtiéndose en una minúscula insula de piedra, rodeada por un Atlántico tan azulado como en pocos lugares de África se puede contemplar. Apenas el sol entibia las arenas de la cercana playa de Cabo Juby, el desierto se despereza y empieza a despertar. Es el umbral del Sáhara Occidental, los confines sur de Marruecos, a 1.100 kilómetros de Rabat. Enfrente de esta franja de litoral asoma Fuerteventura en la distancia, apenas cuatro horas de navegación separan ambas orillas. Tarfaya –o la antigua Villa Bens– guarda herencia hispana: hasta 1958 fue protectorado español; allí, desde principios del siglo XX, un importante contingente militar vigilaba el horizonte marítimo e intentaba mantener a raya a las levantiscas *kabilas* moras que poblaban el territorio saharauí. Un fuerte castrense, un zoco, algunas casitas, barracas y jaimas componían toda la infraestructura de la vieja colonia. Después, inmensas soledades de dunas se sucedían a lo lejos, sólo rotas, de vez en cuando, por el perfil orgulloso de un señor del desierto que, desde su cabalgadura, controlaba suspicaz el ir y venir de las tropas de la metrópoli. En este inhóspito paisaje, construido de silencio, viento, polvo y mar, aterrizó el 19 de octubre de 1927 el autor de *El Principito*, Antoine de Saint-Exupéry. El que fuera piloto, aventurero, seductor y profundo literato llegó a «los límites del mundo» para hacerse cargo de la base aérea que su compañía, la francesa *Aéropostale*, acababa de instalar allí, bajo el amparo del fortín español. Cabo Juby se había convertido en escala obligada de los aviones correo que cubrían la línea *Latécoère Toulouse-Saint Louis* de Senegal, para, luego, dar el salto hacia América del Sur. Pero el destino de *Saint-Exupe* (su nombre de guerra) en Villa Bens cumplía bastantes más expectativas que recibir las periódicas sacas de cartas, mantener la humilde pista de tierra o supervisar el equipamiento de los aeroplanos. A menudo, Antoine alzaba el vuelo para internarse entre las dunas y rescatar a sus

Mensajes del otro lado del mundo Bajo estas líneas: Fotograma de la película *Correo Sur* (Pierre Billon, 1936), basada en el libro con el mismo nombre de Saint-Exupéry.



En Cabo Juby, Saint-Exupéry halló la inspiración y el escenario para su obra más popular, 'El Principito'.

Nueva ruta De izq. a dcha. y de arriba abajo: ilustración de *El Principito*. El escritor, durante la II Guerra Mundial, Mercé Martí, en la cabina de su avión. Un cartel publicitario de la compañía aérea *Aéropostale*.



camaradas atrapados en el arenal, tras un accidente o un aterrizaje forzoso. Eran incursiones arriesgadas que exigían pericia a los mandos y, sobre todo, rapidez de actuación: los aviadores, con frecuencia, eran apresados por clanes rebeldes que los utilizaban como moneda de cambio. Por aquel entonces, Saint-Exupéry escribía a su amigo Pierre d'Agay: «Mi misión consiste en trabar relación con las tribus moras e intentar, si es posible, viajar hasta la zona de la disidencia. Llevo a cabo trabajos de aviador, de diplomático y de explorador». Le faltó añadir: Y también de escritor. Tiempo después, el novelista, poeta y ensayista reconocería públicamente que los 18 meses pasados en el aeródromo de Cabo Juby fueron una de las épocas más felices de su vida. Lógico: era joven (28 años), épico y valiente, y la aventura le corría por las venas. En su primera obra importante, *Correo Sur*, conjuró al fin una pena de amor –su ruptura con Louise de Vilmorin– que arrastraba desde París. Cuentan quienes convivieron con él que, al anochecer, sentado en un catre y utilizando como escritorio una tabla sobre dos tambores de nafta, *Saint-Exupe* urdía en el papel la triste historia de Geneviève y el joven piloto Bemis. Con *Correo Sur* nació un héroe literario inédito hasta el momento: el aviador, muy distinto del glorioso militar que surcaba los cielos durante la Gran Guerra. En Villa Bens, «bajo un sol que parece inmóvil y la arena amarilla del Sáhara muriendo sobre un mar azul», Antoine de Saint-Exupéry también encontró la inspiración y el escenario perfecto de la que luego (1943) sería su creación más popular, *El Pequeño Príncipe* (su título real), una aguda fábula filosófica y social, injustamente catalogada dentro de la literatura infantil, cuyos protagonistas son, ¡cómo no!, un aviador perdido en el desierto y un joven monarca que habita en el asteroide B612. *Le Petit Prince* constituye la pieza literaria francesa más leída del siglo XX y una de las más traducidas del mundo: a 180 lenguas.

Hoy, ocho décadas después, Tarfaya sigue siendo la sosegada localidad que el escritor conoció. Por supuesto, muchas cosas han cambiado desde entonces en Cabo Juby, empezando porque, ahora, toda la región pertenece al reino alahuíta. Sus cerca de 5.000 habitantes intentan hacer guñíos a la modernidad con una incipiente industria pesquera y turística. Entre sus calles, todavía sin asfaltar, pequeñas antenas parabólicas colgadas en azoteas y balcones nos recuerdan que hemos entrado en el siglo XXI. Pero basta rebasar los márgenes del pueblo para volverse a topar con las inmensas llanuras, donde esporádicos rebaños de dromedarios mordisquean los secos matojos del entorno. Ni el más ▶

